

del franquismo y la Transición Española. Desde la década de los sesenta y setenta, cuando la protesta se presenta de forma soterrada, pasando por la fundación y los primeros intentos de implantación y consolidación del sindicato tras la muerte de Franco, la tensa y vigorosa conflictividad sociolaboral de los últimos setenta, para desembocar en la definitiva institucionalización de CC.OO. y su papel y actitudes ante los conflictos de la sociedad española de los años ochenta. Todo, siguiendo un enfoque metodológico innovador, abordando más de tres décadas de nuestra historia más reciente desde una región de la periferia geográfica y social de España. Una historia dura y tosca, donde los anhelos de algunos hombres los impulsaron a luchar ferozmente contra situaciones que consideraban injustas. Una historia que, por tanto, cuestiona la supuesta «paz social» del último franquismo también en regiones «idílicas». Una historia que, además, aporta nuevos matices a esas luces y sombras de la Transición. Y una historia que, finalmente, lanza interesantes interrogantes sobre el papel del sindicalismo en los años ochenta, cada vez más desplazado del papel de vanguardia social que, como este estudio demuestra, en un tiempo no demasiado lejano, jugó.

Muñoz, Francisco A.; Molina Rueda, Beatriz y Jiménez Bautista, Francisco (eds.), *Actas del I Congreso Hispanoamericano de Educación y Cultura de paz*. Granada, Universidad de Granada, 2003, 732 pp.

Por Mario López Martínez
(Universidad de Granada)

La investigación para la paz o *Peace Research*, como es mundialmente conocida, no tiene más allá de medio siglo de vida, pero sólo comenzó en aquellos países altamente industrializados, anglosajones y muy sensibilizados por lo que sucedió en la Segunda Guerra Mundial. Allá por los años 50 del pasado siglo equipos de científicos sociales y técnicos comenzaron desde las universidades, centros de investigación y de altos estudios a considerar lo que Norberto Bobbio denominó: el problema de la guerra y las vías de la paz. Allí surgió, también, una noción nueva, amplia y dinámica sobre el concep-

to paz, no como mera ausencia de guerra sino como bienestar y justicia, donde las necesidades humanas quedaran cubiertas y donde la dignidad humana estuviese garantizada: era la paz positiva.

El pacifismo, la preocupación por crear sociedades en paz, la búsqueda de alternativas a la guerra, la defensa de los derechos humanos, la igualdad racial, el problema del armamento nuclear, el debate sobre los modelos de defensa, la democratización de las sociedades, el papel de las mujeres en los cambios sociales, etc., se convirtieron no sólo en motivo de acciones colectivas, creación de asociaciones y grupos de presión *ad hoc*, sino en agendas de investigación, discusión epistemológica y análisis sobre datos empíricos. Nació la investigación para la paz asociada a los centros de negociación y resolución de conflictos o al análisis de la carrera desenfrenada de armas de destrucción masiva (el Instituto de Investigación de Oslo, el de Estocolmo, el de Lancaster, la Universidad de Bradford en Inglaterra), para ir progresivamente extendiéndose a otros muchos temas de interés, como la acción política no violenta, las alternativas al desarrollo industrial, la cooperación o la transformación pacífica de conflictos, entre otras. Se hicieron famosas en los años 70 la lucha y el estudio de las 4 “D”: desarme, desarrollo, derechos humanos y democracia (reflejadas en revistas científicas como *Journal of Peace Research*, *Peace and Change*, etc.).

Los años 80 trajeron el climax/declive de la Guerra Fría y, también, del despertar de la investigación para la paz a más países y zonas del Planeta, especialmente en el “Tercer Mundo” (estudios de género, etnoculturales, estudios post-coloniales, neoindigenismo, nuevas formas de resistencia, etc.). Cada país que se preciara debía tener un centro de investigación y análisis (nacieron por entonces los *think tank*). Atrás habían quedado las luchas de liberación nacional de la India protagonizadas por Mohandas Gandhi, el despertar de la conciencia negra en Estados Unidos y de los derechos civiles y políticos de Martin Luther King Jr. y sus seguidores, el nacimiento de la conciencia ecológica y de los primeros movimientos y partidos verdes, así como el callejón sin salida de regímenes como el Apartheid en Sudáfrica. Aquella década “prodigiosa” terminó con la Caída del Muro de Berlín en un fenómeno socio-político que ningún analista había sospechado: por la movilización no violenta de masas que decidieron desobedecer a sus gobiernos.

Pero también fueron la caída de muchas dictaduras por la presión popular: Filipinas, Uruguay, Corea del Norte, Argentina, Chile, etc. Por entonces los investigadores para la paz usaban el término “dividendos de la paz” para significar que el ocaso de la Guerra Fría podría traer el final de la carrera de armamentos y la posibilidad de invertir tales dividendos en desarrollo social y en bienestar. Las previsiones más pesimistas se cumplieron. Hoy día el terrorismo internacional de base neoimperialista o dogmático-religiosa se enseñorea sobre la terrible agenda de la violencia estructural (desigualdades Norte-Sur, exclusión social, marginación, pobreza, mortalidad infantil, hambrunas, etc.). La violencia física sigue pugnando por ser protagonista en los telediarios frente a la que crea más muertes diarias, la llamada violencia estructural (un término inventado por los investigadores para la paz a finales de los años 60).

En cambio, en España, como en otros muchos países con dictaduras y con tardío desarrollo, la investigación para la paz llegó después de terminada la Guerra Fría. Un arribo tardío pero imparable. Salvando excepciones individuales o de pequeños grupos de activistas que, como parte de su trabajo, publicaban libros, folletos y opúsculos hay que esperar hasta los años 90 para poder hablar de investigación para la paz en España, como un trabajo concienzudo, académico y profesionalizado. Son pocos aún los centros que hay y no todos universitarios (Alicante, Barcelona, Castellón, Granada, Guernika, Madrid, y poco más), como también son pocos el número de investigadores (probablemente no exista más de medio centenar) aunque ya tienen su “Asociación de Investigación para la Paz de España”, que permite mantener viva la llama y la intensidad de un campo transdisciplinar que es aún muy joven en nuestro país.

Pues bien, sirva este largo prolegómeno para presentar el contexto en el que han surgido las *Actas del I Congreso Hispanoamericano de Educación y Cultura de Paz* (Granada, Editorial Universidad de Granada, 2003). Este Congreso es uno de los frutos de la colaboración entre el Instituto de la Paz y los Conflictos de la Universidad de Granada y la Consejería de Educación y Ciencia, la cual decidió llevar la potenciación de la paz, el freno de la violencia y el tratamiento de los conflictos al ámbito escolar. Una política educativa y de concienciación que no se ha comprendido demasiado bien por la opinión pública y que ha perdido fuerza entre sus

iniciadores por temor, quizá, a que sigan lloviendo críticas e incomprendiones. La Consejería, con acierto a nuestro juicio, dio el visto bueno a la publicación de una Enciclopedia y un Manual de paz y conflictos, los primeros de su género en lengua castellana, puso en marcha iniciativas de impacto en las escuelas para comprender mejor la pluralidad social y étnica de la nueva Andalucía, para transformar los currícula y para alfabetizar a profesorado y alumnos en el manejo de los conflictos. La prensa sigue visualizando la violencia intraescolar pero hace oídos sordos a lo mucho conseguido y la política y los políticos se inclinan hacia el cortoplacismo.

Así, las Actas son el reflejo, en letra impresa, de un macro Congreso celebrado en Granada, en septiembre de 2002, que reunió a casi 400 enseñantes no sólo de Andalucía y España, sino de muchos países latinoamericanos para debatir sobre el papel que habría de jugar la Educación y la Cultura de la paz y la no violencia (palabra unida porque no es mera negación de la violencia) dentro de lo que Naciones Unidas decidió para 2001-2010 como la Década de la No violencia para los Niños del Mundo.

El debate de aquellos días ha quedado fijado en estas Actas de una manera notable. No sólo están las inquietudes de los investigadores más puros de la teoría y la epistemología sobre la educación en un mundo de la globalización, la alta tecnología, la multi y la intercultural, la igualdad de géneros, las formas de cambio social, las nuevas éticas, las generaciones de derechos humanos, la alteridad, los valores, etc., sino que el lector puede recrearse en lecturas muy interesantes, analíticas y profundas sobre filosofía de la paz, nuevas diplomacias, el papel de la tecno-ciencia, la no violencia como forma de cambio social o el estatuto de la investigación para la paz, sus nuevas agendas y preocupaciones.

Evidentemente las Actas son, especialmente, un lugar para reflejar la gran cantidad y calidad de propuestas y experiencias pedagógico-didácticas en la célula, escuela, y la estructura, sistemas educativos. No sólo en la geografía andaluza, sino también en América Latina. Un apartado singular es aquel dedicado a comparar las muchas iniciativas que desde las Comunidades Autónomas se han tenido en la educación en valores y, en particular, en la educación para la paz. Para ser justos hay que decir que se ha hecho mucho, aunque aún lo que de ello

se sabe es muy disperso, atomizado y poco publicitado más allá de los círculos de profesionales e interesados.

De las Actas, como del Congreso, se puede deducir que la Educación para la Paz aunque no vive su momento de mayor auge, quizá lo fue hace una década, no está acabada sino que se está regenerando hacia otros temas transversales a ella: convivencia democrática, globalización, interculturalidad, nuevas generaciones de derechos humanos, equidad de género, diálogo entre civilizaciones, etc. En este sentido la investigación-acción educativas ha progresado muchísimo y mantiene un alto nivel de exigencia profesional para los tiempos que nos toca vivir, éste es uno de sus muchos haberes. En el debe está el propio sistema educativo que peca, de ser rígido, poco dinámico y moneda de cambio para enfrenamientos políticos partidistas o negocio para gentes sin escrúpulos morales que presumen de tenerlos, los representantes de todos los países que acudieron al Congreso coincidieron en ello. Que la educación es un negocio resulta indudable, pero no lo es menos que una buena educación es, antes que nada, un servicio público que, a más calidad, redundará en el bienestar individual y colectivo lo que es reflejo de mayores cotas de paz y de cultura de la tolerancia, las oportunidades y la justicia. Se podría aseverar que no hay paz, sin educación para la paz, y que no hay ésta sin cultura de la paz y la no violencia. Esa fue, una vez más, la conclusión más sonora en el encuentro internacional: la educación merece partidas presupuestarias más altas, políticas de consenso y respeto para una profesión que forma a personas y ciudadanos.

En suma, educar para la paz es educar para el conflicto, que no es algo que se deba identificar sólo con las guerras y la violencia, sino con el choque —no siempre incompatible— de intereses, percepciones y necesidades. Existe conflicto porque no hay comunicación. La educación ha de servir para crear esos puentes de comunicación. Educar para la paz es, también, crear las motivaciones y las actitudes para ser creativos, inteligentes y generosos en los conflictos. Es alfabetizar a la población escolar en técnicas, procedimientos y valores que refuercen el ejercicio de la no violencia. Si la paz es el fin, la no violencia puede ser entendida como el medio para alcanzarla. Sólo el conocimiento profundo de la paz, que no es la celebración de un día al año donde se sueltan palomas y se hacen dibujos alusivos a la maldad de las guerras, de una paz interior-

zada, militante e inquieta se puede aprender, es cultura y cultivo de cuerpo, mente y espíritu. Y esa tarea, nos advierten los autores del libro, está aún por hacer aún cuando se haya caminado un notable trecho. Gandhi, Luther King y otros, a pesar de sus asesinos, más que nunca están bien vivos.

Nicolás Marín, Encarna, *La Libertad encadenada. España en la dictadura franquista, 1939-1975*. Madrid, Alianza Editorial, 2005, 455 pp.

Por Carmen González Martínez
(Universidad de Murcia)

El libro de Encarna Nicolás Marín, *La libertad encadenada*, se sitúa comprometida y objetivamente frente a las dramáticas reservas con las que se ha transmitido una parte de la Historia del Tiempo presente, y frente al enconamiento de algunas recientes propuestas lectoras e intentos de exoneración del régimen. De todos es conocido que recientemente se ha cumplido el 30º aniversario de la muerte del dictador Francisco Franco y su execrable régimen sigue sin pasar por esa purga histórica que, en su día, experimentarían otros regímenes similares en el Occidente europeo. Urge realizar, por tanto, el análisis crítico de la dictadura, pero no desde posturas revisionistas hipotecadas por el pasado traumático y al servicio de idearios políticos, sino desde el convencimiento, como asume Encarna Nicolás en su investigación, de que el conocimiento histórico redundará en beneficio de la sociedad española, una sociedad, la de hoy día que, a diferencia de la dictadura, desarrolla su acontecer diario en Democracia, Libertad y en un Estado de Derecho, aunque le pese a quienes soñaron y sueñan la dictadura eterna. Porque, en efecto, como se denuncia en el Epílogo del libro, se maquillaron los actores y dirigentes de la dictadura cuando llegó el momento de hacer frente a un sistema democrático: “el régimen se había ‘maquillado’, pero si lo hizo fue para seguir soñando la dictadura eterna” (p. 411).

La libertad de pensamiento y análisis crítico que manifiestan las páginas de esta monografía se traducen en una escritura y reflexión libre de servidumbres que permiten culminar, de forma magistral, una obra de síntesis donde no hay neutralidad posible ni imparcialidad aséptica ante una dictadu-